

Estado y cuestión indígena

EL DESTINO FINAL DE LOS INDIOS SOMETIDOS EN EL SUR
DEL TERRITORIO (1878-1930)



Enrique Hugo Mases

prometeo
libros

ESTADO Y CUESTIÓN INDÍGENA

Enrique Hugo Mases

Estado y cuestión indígena

El destino final de los indios
sometidos en el sur del territorio
(1878-1930)

prometeo
libros

Colección de Estudios Patagónicos

Cuando la editorial Prometeo Libros nos propuso, a mediados del año 2005, coordinar una Colección de Estudios Patagónicos, la idea nos entusiasmó de inmediato. Para nosotros, provenientes de distintas ramas de la disciplina histórica, pero comprometidos todos con la historia de la Patagonia, significó un desafío especial. También, una excelente oportunidad para dar a conocer una cantidad importante de producciones, generalmente derivadas de la elaboración de tesis de posgrado, realizadas desde o sobre el espacio que nos ocupa y dirigir las a un público más amplio que el académico. Convocamos así a un número importante de autores que con un considerable esfuerzo transformaron sus trabajos en libros amenos y accesibles, despojados de la abundancia de referencias teórico-conceptuales y aparatos eruditos que abundan en las tesis. La colección comenzó a circular a mediados de 2008 y, desde entonces, viene generando una serie de textos representativos de los múltiples problemas y dimensiones que aborda, tal como el volumen que en esta oportunidad presentamos. Agradecemos a Prometeo Libros y a los autores la confianza depositada.

Susana Bandieri, Enrique Mases y Leticia Prislei

Mases, Enrique Hugo

Estado y cuestión indígena : el destino final de los indios sometidos en el sur del territorio,1878-1930 / Enrique Hugo Mases. - 1a ed - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Prometeo Libros, 2022.

Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-816-314-7

1. Ciencia Política. 2. Historia Argentina. 3. Pueblos Originarios. I. Título.

CDD 325

Colección de Estudios Patagónicos

Coordinación: Susana Bandieri, Leticia Prislei y Enrique H. Mases

© De esta edición, Prometeo Libros, 2022

Pringles 521 (C1183AEI), Buenos Aires, Argentina

Tel.: (54-11) 4862-6794 / Fax: (54-11) 4864-3297

www.prometeoeditorial.com

Hecho el depósito que marca la Ley 11.723

Prohibida su reproducción total o parcial

Derechos reservados

Índice

Introducción.....	11
Capítulo I. Antecedentes	23
El mundo fronterizo y sus actores. Los indígenas	24
La campaña y sus pobladores.....	26
La cuestión de la frontera y las políticas estatales.....	33
El gobierno de Avellaneda y la cuestión indígena.....	43
Capítulo II. Las alternativas.....	63
La iniciativa oficial: el sistema de distribución	65
El sistema de colonias propuesto por el coronel Álvaro Barros	85
Los proyectos salesianos	94
Las repercusiones	109
Capítulo III. El sistema de “distribución”: su aplicación.....	115
El largo y tortuoso camino hacia la “civilización”.....	117
Incorporación indígena en el Ejército y la Marina de Guerra	172
Capítulo IV. Sistema de colonias: debates y controversias	197
Las iniciativas oficiales.....	202
Los debates parlamentarios en los años 1885 y 1888	205
Los argumentos	213
Las cuestiones implícitas.....	221
Capítulo V. Hacia el destino final.....	227
Una primera alternativa: nuevamente la tierra.....	230
Repercusiones, impugnaciones y resultados.....	240

Los últimos instrumentos de integración: la Escuela, la Justicia y otros agentes estatales.....	247
La segunda alternativa: mano de obra disciplinada y barata o incorregible delincuente	259
Capítulo VI. Conclusión	271
Anexo documental	283
Índice de cuadros	309
Bibliografía	
Fuentes inéditas	311
Fuentes editadas.....	312
Libros y artículos.....	313
Periódicos y revistas	326
Obras de consulta.....	327
Testimonios orales	327

Introducción

En los procesos de formación de los Estados nacionales en América del Sur, principalmente en las últimas décadas del siglo XIX, una de las operaciones simbólicas centrales fue la elaboración del “gran relato” de la nación. Una versión de la historia que, junto con los símbolos patrios, monumentos y panteones de héroes nacionales, pudiera servir como eje central de identificación y referencia de la identidad nacional.¹

Argentina no fue la excepción, y así la construcción política de la nación se asienta desde la memoria histórica en una serie de acontecimientos—verdaderos hitos— que, como antecedentes o como fundacionales, van explicitando el derrotero de esa construcción. Las Invasiones Inglesas, la Revolución de Mayo y la Independencia, las luchas civiles y la organización nacional son algunos de esos puntos relevantes que entrelazados en un relato unívoco ayudan a comprender la emergencia y consolidación de una nación blanca y una cultura europea.

Ahora bien, todos estos episodios mencionados tienen un doble denominador común. Por ser parte de los puntos principales en los que se apoya este relato “oficial” de la historia están claramente presentes en la memoria colectiva y forman parte del aprendizaje de la historia de nuestro país en todos los niveles de escolarización, pero, al mismo tiempo, la participación indígena en todos estos episodios ha sido absolutamente borrada, sistemáticamente silenciada. Cuenta entonces su invisibilidad.

Invisibilidad que forma parte de un proceso que, a nuestro juicio, paradójicamente tiene comienzos con la resolución por parte del Estado de la cuestión indígena, o la cuestión de indios tal como se la

¹ Jelin, Elizabeth, *Los trabajos de la memoria*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2002. p. 40.

denominaba, contemporáneamente a la relación del Estado con los indígenas y el problema de las fronteras interiores.

En efecto, la ocupación militar del espacio pampeano-patagónico dejó como saldo una cantidad significativa de población indígena prisionera², ya sea como producto de los enfrentamientos o bien por su presentación voluntaria ante las autoridades militares. Esto significó, en un primer momento, un serio problema para las autoridades nacionales que debían decidir con premura cual sería el destino final de estos indígenas.

Precisamente las diferentes políticas aplicadas a lo largo del período estudiado para resolver esta interrogación principal de cómo integrar a los sobrevivientes de las comunidades indígenas, las controversias que en la sociedad generaron estas iniciativas y las repercusiones que tuvieron en términos materiales y culturales nos plantearon una serie de interrogantes, que aluden a cuestiones y problemas que hemos intentado analizar a lo largo de esta investigación.

A partir de las consideraciones precedentes entendemos que el presente trabajo viene a cubrir un vacío historiográfico importante, y que a la vez marca un punto de inflexión respecto de la temática abordada, en tanto que hemos podido aproximarnos al conocimiento del destino final de los indígenas sometidos en el sur del territorio y no sólo conocer como fueron las políticas implementadas por el Estado en todo el período, sino también de sus resultados y de las consecuencias que ellas tuvieron para los propios indígenas.

En la exposición de los resultados —que se apoyan en largos años de investigación empírica— hemos intentado producir una combinación de las propuestas historiográficas, entre lo micro y lo macrohistórico,

² Si bien no existen datos precisos acerca de la cantidad exacta, podemos señalar que sobre una población indígena aproximada de entre veinte y veinticinco mil individuos, excluyendo aquellos que poblaban la Tierra del Fuego, no menos de quince o diecisiete mil corrieron esa suerte en el lapso comprendido por las campañas militares.

conjugando el sentir de los indígenas como individuos sometidos a una nueva realidad (rechazados violentamente de sus tierras e impedidos de mantener sus condiciones de producción económica y social y su bagaje cultural), con la visión más general que el Estado tiene, en diferentes momentos, acerca del proceso de integración de esta particular minoría étnica y que involucra casi impersonalmente al pensamiento de la elite gobernante. En este sentido es que queremos con este trabajo producir una ruptura deliberada con la historiografía argentina tradicional, que reduce la problemática indígena y fronteriza al tema de la guerra de fronteras, una guerra en la que subyacía o que se justificaba en la oposición entre la civilización blanca y la barbarie indígena. Historiografía que produjo en general relatos acerca de la cuestión indígena con un tono impersonal y épico, alejado del sentir y obrar de los propios actores, argumentando desde una perspectiva bélica no sólo los métodos empleados sino también el destino final dado a los aborígenes reducidos.

Intentamos desde lo macrohistórico ir caracterizando las distintas políticas implementadas por los gobiernos de turno como resultado de los cambiantes escenarios sociopolíticos que se fueron constituyendo, y de las diferentes miradas que sobre el problema indígena y sobre los aborígenes mismos se fueron sucediendo a lo largo del período estudiado.

Pero también, y al mismo tiempo, nos interesó indagar acerca de cómo reaccionaron los principales destinatarios —los aborígenes—, ante estas políticas y estas miradas: ¿cuáles fueron sus formas de resistencia y cuáles sus niveles de integración?, ¿por qué tuvieron reacciones tan disímiles ante una misma realidad?, y por qué, mientras algunos una vez sometidos rápidamente adoptaron rasgos, pautas de conducta y niveles de vida propios de la sociedad a la cual se iban incorporando, otros, en cambio, mantenían tozudamente pautas culturales absolutamente propias, de notable resistencia al cambio y a la asimilación.

Y este interés por conocer las diferentes reacciones no sólo abarcó lo acontecido con los principales o más renombrados caciques sino

que, también, se extendió a tratar de conocer la experiencia vivida por quienes pudieron sobrevivir de aquellas tribus que conformaban las distintas comunidades indígenas. Cómo soportaron cada uno de ellos la pérdida de su libertad, el traslado y el confinamiento posterior. Cómo reaccionaron ante el desmembramiento familiar y la separación compulsiva de padres, hermanos e hijos, y ante el nuevo modo de vida que imponían las autoridades de turno. Porque de la misma manera que Edward Thompson, en *La formación de la clase obrera en Inglaterra*, plantea su interés por rescatar del olvido el destino que le cupo “a la calcetera pobre, al campesino ludita, al tejedor ‘anticuado’ que trabaja con su telar manual, al artesano ‘utópico’ y hasta a los seguidores burlados de Joanna Southcott del aire de enorme condescendencia con que los contempla la posteridad”³, nosotros también, salvando las distancias, buscamos rescatar del pasado el destino final de estos indígenas sometidos reconstruyendo sus experiencias de individuos comunes, pero con historia, con una historia que, entendemos, merece ser contada, intentando para ello comprender a esa gente en un pasado y en una realidad que sólo ellos vivieron y sintieron. En definitiva, buscamos explorar las experiencias históricas de un conjunto de personas de cuya existencia la historiografía tradicional apenas hace mención, y en muchos casos la da por supuesta o directamente la ignora, volviéndola invisible en el devenir histórico.

Al mismo tiempo, esta eventualidad de un enfoque diverso nos permitió la posibilidad de una síntesis más rica, de intentar una fusión entre la historia general de un proceso por demás significativo y cambiante con la experiencia cotidiana de sus principales actores.

Por las mismas razones que expusimos anteriormente, tampoco en la abundante bibliografía sobre la temática de la cuestión indígena y el problema de las fronteras interiores aparece un claro interés, o al menos un intento explícito, de ligar, por lo menos dentro del

³ Thompson, Edward, *La formación de la clase obrera en Inglaterra*, Barcelona, Crítica, 1989. pp.12 y 13

campo historiográfico, la cuestión indígena con la cuestión social como si pretendemos hacer nosotros; es decir, integrar el problema indígena a un marco más amplio que tiene que ver con el proceso de construcción y afianzamiento del Estado nacional.

Si entendemos la cuestión social moderna como vinculada al proceso de construcción y consolidación de una sociedad capitalista, en el caso argentino su aplicación es anterior al período más neto de estructuración capitalista que ocurre desde los años ochenta del siglo XIX en adelante, y por consiguiente excede el tema puramente obrero y se extiende a otros problemas y otros sujetos sociales. En consecuencia no es extraño detectar algunos síntomas claros de la presencia de la cuestión social, por lo menos desde los años 1870. En este sentido los problemas relativos al artesanado, a la cuestión migratoria y a la cuestión indígena en algunas regiones, entre otros, son testimonios elocuentes de esta precoz presencia.

En el caso que nos ocupa —el problema indígena— por lo menos ya en la segunda mitad de aquella década y en los primeros años ochenta, sin lugar a dudas formó parte de la moderna cuestión social pues no fue sólo una preocupación del propio Estado sino de una parte significativa de la sociedad.

Y este problema movilizó en su momento a un intenso debate ideológico político acerca de la sociedad, el Estado y los propios indígenas, y generó a la vez diversas respuestas —heterogéneas y muchas veces contradictorias— tanto de las elites gobernantes como desde los propios actores involucrados.

Así, de parte del Estado a través de sus burócratas de turno, cómo también de la Iglesia católica, de la prensa en general y de algunos intelectuales se fueron modelando políticas o acciones que desde la propia mirada intentaban dar una solución a la problemática indígena.

En este sentido entendemos que este trabajo aporta evidencias empíricas y una interpretación acerca de cómo la cuestión indígena no sólo forma parte de la cuestión social sino que, además, aparece

como tal en el marco de la construcción de una sociedad capitalista, y que su aporte y la interpretación los hace analizando principalmente las producciones discursivas que fundamentan las distintas posiciones que representantes de la elite gobernante, de la Iglesia, de la prensa y de otros sectores de la sociedad tienen sobre este particular problema. Posiciones que generan una serie de controversias acerca de qué entendía cada uno por incorporación, acerca de cómo tendría que ser y, fundamentalmente, acerca de quién debía civilizar a los indígenas y cuáles eran los métodos adecuados para cumplir con esta finalidad.

De tal manera, después de ocupar el espacio originalmente indígena la inicial decisión del gobierno nacional fue optar por el sistema de distribución —privilegiando este método por sobre otras alternativas como el sistema de reservaciones impuesto en Estados Unidos o los proyectos de colonización indígena sostenido por algunos dirigentes gubernamentales y la Iglesia católica— obedeció a razones no sólo ideológicas sino también económicas y principalmente de carácter militar, todas ellas en el marco del proceso de construcción del Estado nación que procuraba cumplir con el objetivo primero de lograr la plena homogeneidad territorial y cultural. Sin embargo, la puesta en práctica de este sistema no sólo no resolvió la cuestión de la integración indígena sino que, por el contrario, la serie de irregularidades y abusos cometidos con su aplicación sólo condujeron a agravar el problema.

Por lo tanto, el cambio de forma de integración de los indios sometidos que realiza el Gobierno a partir de la finalización de la contienda militar —reemplazando el inicial sistema de distribución por el de formación de colonias— tiene que ver con el fracaso de la experiencia anterior, pero también con el fin de las campañas militares y por ende con la desaparición del peligro indígena, y es coincidente a la vez con un nuevo momento en la construcción del Estado nación.

Así, la cuestión indígena no es un fenómeno aislado sino que, en el marco de esta construcción, aparece ligada con otras cuestiones que

hacen a las mutaciones que se producen en la propia sociedad argentina y que se relacionan entre otros con el fenómeno de la inmigración y con las consecuencias que trae aparejada su masividad en la propia integración nacional y aún en la pervivencia del propio orden social, lo que presupone razones por demás significativas para modificar la visión que hasta ahí tenía buena parte de la elite gobernante respecto de la cuestión indígena y la apelación a ella como ciudadano y argentino, en inevitable comparación con los inmigrantes.

Pero tal apelación se va diluyendo en la medida que va desapareciendo el peligro de disgregación nacional, y, por otra parte, también la crisis de 1890 marca el fin de la *utopía agraria* dejando paso, en los años siguientes y hasta el final del período, a una nueva mirada que percibe al indígena no ya como un salvaje y bárbaro producto del desierto sino como un habitante más de la campaña que se integra a ella a través de su actividad en las parcelas fiscales a las que se hace acreedor, o bien empleándose como fuerza de trabajo en los establecimientos rurales o en los núcleos urbanos que se van instalando en los nuevos territorios productivos. A partir de esta nueva realidad el problema indígena pasa a ser un tema menor, y sólo se ve alterado si algunos de ellos se resisten al destino que le han fijado tanto el Estado como los otros actores sociales. Si esto sucede, nuevamente la mirada sobre el indígena se trastrueca y vira rápidamente hacia una imagen que señala nítidamente los rasgos delictivos de su conducta. Entonces el indígena es visto si no como un salvaje si como un vago y un ladrón, y por lo tanto es la justicia la que asume el rol represivo para disciplinar como antes lo había hecho el ejército.

En este contexto el proceso de “incorporación” de los pueblos indígenas en el sur del territorio está dado dentro de un marco mayor que tiene que ver con el propio devenir de la sociedad y el Estado en la Argentina. En este sentido resulta evidente que la resolución de la cuestión indígena se produce en el marco del proceso de construcción de una sociedad capitalista y de consolidación del Estado nacional, principalmente en cuanto a su autoridad y soberanía.

Finalmente es necesario señalar que con este trabajo se busca dar una serie de pasos decisivos para superar viejas barreras que habían separado a historiadores y antropólogos, fragmentando arbitrariamente el campo de conocimiento respecto de esta temática a partir de la herencia dejada por el positivismo decimonónico que adjudicaba el tema de las fronteras interiores a los historiadores en tanto la sociedad indígena era objeto de estudio reservado a los arqueólogos y etnógrafos. Lejos de pretender una aproximación epistemológica unívoca, o bien intentar sentar las bases para una confluencia teórica sobre la cuestión, nos propusimos desde un comienzo objetivos más modestos, aunque no menos importantes. Es decir, intentamos invalidar ciertas reglas de juego autónomas desarrolladas por las distintas ciencias, según las cuales tan sólo se consideraban dignas de respuestas aquellas preguntas que surgían dentro de la propia especialidad.

Tratamos, en definitiva, de incorporar al análisis histórico el bagaje de conocimientos provenientes de la antropología en la certeza de que sin ellos nos resultaba sumamente difícil avanzar en la investigación, es decir, sin tener en cuenta la totalidad de los problemas implicados y no utilizando convenientemente los aportes efectuados desde cada disciplina.

En la práctica esto significó una redefinición de la disciplina, la incorporación y uso de conceptos, categorías y modelos tomados de la antropología, la búsqueda de nuevas fuentes de conocimiento y una revalorización de la documentación ya conocida que debió ser leída e interrogada nuevamente a la luz de esta nueva concepción.

En cuanto a los aspectos metodológicos advertimos que las severas limitaciones dadas por un verdadero vacío de información nos impidieron cumplir en un todo con algunos de los objetivos propuestos al inicio, como, por ejemplo, conocer el número exacto de individuos reducidos, o cuál fue el destino final de cada uno de ellos, y que si bien a lo largo de la investigación recurrimos a fuentes alternativas que fueron de suma utilidad igualmente no alcanzaron para salvar en su totalidad estas dificultades.

Precisamente en cuanto al plano metodológico debemos decir que en el estudio de las clases subalternas en general, y para el caso que toma este trabajo en particular, su concreción presenta ciertos problemas que merecen ser expuestos.

En efecto, es por todos conocida la dificultad que presenta nuestro objeto de estudio en cuanto a disponibilidad de fuentes para abordarlo. Esto responde, principalmente, al hecho de que en su gran mayoría la documentación proviene de sectores ajenos a los actores indígenas, e inclusive muchas veces hostiles a su presencia y a sus culturas, lo que impide un acceso más directo a sus propias experiencias.

Precisamente en este último aspecto debemos señalar que la falta de datos precisos en los archivos oficiales nos impuso la necesidad de ampliar el espectro de fuentes tradicionalmente consultadas, exigiendo imaginación y creatividad para detectar en documentos de diversa índole los posibles testimonios de la experiencia pasada que se pretendía reconstruir, así como para extraer de ellos toda su potencialidad informativa.

De tal manera que a las tradicionales fuentes de información cuantitativas y cualitativas existentes en repositorios oficiales y privados debimos agregar testimonios que hacían alusión a nuestro objeto de estudio o provenían de éste, tomados de artículos periodísticos, correspondencia particular, obras literarias, etc., habiendo sido de real significado el cotejo con los libros de bautismos de distintas parroquias de Buenos Aires que facilitó conocer la identidad y destino final de quienes deliberadamente habían sido omitidos en la información oficial.

Esta última información fue completada con testimonios orales de algunos descendientes de aquellos protagonistas que, si bien escasos en número, nos fueron de suma utilidad para conocer el azaroso camino en búsqueda de la libertad perdida recorrido por algunos de nuestros personajes.

Para finalizar, creemos que el contenido de este libro, aun con las dificultades señaladas precedentemente, cumple con los objetivos

propuestos: llenar un vacío historiográfico importante a partir de una mirada renovadora acerca de la temática en cuestión y, a la vez, como sostiene Jim Sharpe haciendo referencia al significado de la historia *desde abajo*: “Ofrecer también el medio de restituir a ciertos grupos sociales una historia que podría haberse dado por perdida o de cuya existencia no eran conscientes”⁴.

En otras palabras, con este trabajo no sólo quisimos satisfacer nuestro legítimo interés de historiadores por conocer el pasado sino, también, recuperar a través de la memoria histórica las vicisitudes de aquellos a quienes, tozudamente, durante mucho tiempo, la historiografía oficial se empeñó en olvidar.

Completando esta introducción debemos señalar que la presente edición es una versión corregida y aumentada de la que con el mismo título vio la luz en el año 2002. Para ésta hemos ampliado en términos cronológicos el tema a investigar llegando hasta los años 1930, e incorporado al análisis otros instrumentos de integración que adquirieron relevancia en esos últimos años: la escuela tanto pública como confesional y, particularmente, los inspectores de tierras.

Así, este nuevo volumen está compuesto por seis capítulos incluyendo las conclusiones. En el primero se describen las relaciones entre el Estado y los pueblos indígenas desde sus inicios y hasta la desaparición de la frontera interior a partir de la ofensiva final en la primavera de 1878. Se analizan el cambiante y complejo espacio fronterizo así como las transformaciones producidas en el mundo indígena, en la sociedad blanca que puebla la campaña y en las distintas políticas estatales destinadas a resolver las cuestiones fronterizas e indígenas.

En el capítulo segundo se pasa revista a las distintas alternativas planteadas con respecto al destino final de los indígenas a partir de la

⁴ Sharpe, Jim, “Historia desde abajo”, en Burke, Peter (ed.), *Formas de hacer historia*, Madrid, Alianza, 1994. p. 40.

ocupación militar del “desierto”, hábitat natural de ellos. Se examinan entonces tanto las opciones formuladas por algunos funcionarios jerárquicos nacionales como las presentadas por la Iglesia católica a través de las iniciativas de los misioneros salesianos, la viabilidad de las mismas y el porqué de sus rechazos. También se analizan el “sistema de distribución” —que inicialmente se adopta en esta etapa—, las razones que fundamentaron su elección y las controversias que la imposición del mismo desató en el seno de la sociedad.

En el tercero se describe la aplicación del “sistema de distribución”, es decir, de traslado, desmembramiento y posterior reparto de las familias indígenas en diferentes actividades, en distintos destinos, lejos de la frontera. Se examinan la metodología empleada, las irregularidades cometidas y los resultados de estas experiencias —disímiles y contradictorias— así como las formas de resistencia y las consecuencias que produjeron en los propios indígenas.

El capítulo siguiente, el cuarto, está dedicado a los debates parlamentarios que se sucedieron a partir de la finalización de la campaña militar ante las iniciativas oficiales que plantearon dejar de lado el inicial sistema de distribución e integrar la población indígena a través de un sistema de colonias, lo que implicaba una nueva visión sobre el problema. Se analizan no sólo las distintas posturas ideológicas presentes en los debates sino también cuestiones implícitas que aparecen en el marco de las nuevas propuestas oficiales, ligadas en algunos casos al destino productivo de los territorios ocupados y al papel civilizador de la agricultura y, en otros, al problema de la inmigración masiva y a la cuestión de la ciudadanía-nacionalidad de los indígenas.

El capítulo quinto presenta un análisis de los nuevos agentes de integración y de las nuevas miradas que desde finales de la década de 1880 y hasta el final del período estudiado tienen el Estado y buena parte de la sociedad respecto de la cuestión indígena. Imágenes distintas a las anteriores y a la vez contrapuestas entre sí, pero que van marcando el camino de la definitiva integración.

En las conclusiones finales ensayamos una serie de reflexiones acerca de la falta de una política unívoca y globalizadora de parte del Estado respecto de la cuestión y del destino final de los indígenas sometidos, y de cómo las soluciones coyunturales sustentadas en el clima de ideas predominantes en cada etapa trajeron aparejadas serias consecuencias para el devenir de los propios indígenas, ya que silenciadas e invisibilizadas sus formas culturales la propia existencia de ellos termina definitivamente por hundirse en los repliegues de la memoria.

CAPÍTULO I

Antecedentes

“En el Sud de la República no existen ya dentro de su territorio fronteras humillantes impuestas a la civilización por la chuzas del salvaje.

Ha concluido para siempre en esta parte, la guerra secular que contra el indio tuvo su principio en las inmediaciones de esa Capital el año de 1535 [...]”

General Lorenzo Vintter (1885)⁵

Con esta breve comunicación del general Vintter al entonces Presidente de la Nación, el también general Julio Argentino Roca, se daba por concluido un secular enfrentamiento entre “indios” y “blancos” en el centro y sur del país.

La derrota indígena y la ocupación definitiva de su territorio determinaron, al decir de Halperin Donghi, que “esa presencia que había acompañado la entera historia española e independiente de las comarcas platenses se desvanecía por fin”⁶, y así se produciría la desaparición de aquella frontera en el sur del territorio.

En efecto, en el marco de un cambiante y complejo espacio de interacción en el que las modificaciones—tanto en el mundo indígena como en el de la sociedad poscolonial— se van sucediendo sin solución de continuidad, se van a insertar desde muy temprano las distintas

⁵ Telegrama del general Lorenzo Vintter al presidente Julio A. Roca del 20 de febrero de 1885. En *Memoria del Departamento de Guerra y Marina*. Año 1885, p. 55, Archivo General de la Nación Argentina.

⁶ Halperin Donghi, Tulio, *Proyecto y construcción de una nación (1846-1880)*, Biblioteca del Pensamiento Argentino, Buenos Aires, Ariel, 1995, p. 100.

políticas estatales destinadas a resolver la *cuestión de la frontera* y el problema del indio, que fluctuaban entre el uso de la fuerza, de las alianzas y hasta de la seducción, y en algunas ocasiones el uso de todas ellas combinadas.

La aplicación de tales políticas significó, a lo largo del tiempo, avances, retrocesos, y éxitos y fracasos hasta desembocar, a mediados de los años 1880, en la última y definitiva derrota indígena señalada en el telegrama de Vintter que transcribimos al comienzo.

El mundo fronterizo y sus actores.

Los indígenas

Durante mucho tiempo, casi dos siglos, el “desierto”, tal como se denominaba al espacio que visto desde la “civilización” se extendía más allá de aquella frontera, comenzaba a muy poca distancia del sur de la Ciudad de Buenos Aires. En él se desarrollaba un mundo indígena integrado por diferentes parcialidades, algunas de las cuales se aposentaban desde antaño y otras se habían trasladado más recientemente desde sus antiguos asentamientos en el sur trasandino.

Precisamente el contacto con la sociedad europea y criolla había significado que estos indígenas, cazadores y recolectores en sus orígenes, cambiaran algunos hábitos e incorporaran otros a su vida cotidiana: por ejemplo el uso del caballo y otros elementos culturales vinculados a éste. Junto al caballo el indígena también incorpora otros animales introducidos por los europeos, como vacunos y ovinos, los cuales, con el correr del tiempo, llegan a tener una decisiva importancia económica dentro del mundo indígena.⁷

En este sentido, fruto de la importancia de la actividad pastoril, del rol que jugaba la ganadería dentro de la economía indígena y del

⁷ Como sostienen Mandrini y Ortelli, “el caballo –más tarde vacas y ovejas– tuvo una amplia aceptación por parte de los indígenas que, muy pronto, lograron su completo dominio y lo utilizaron con gran habilidad y destreza”, en Mandrini, R. y S. Ortelli, *Volver al país de los araucanos*, Buenos Aires, Sudamericana, 1992. pp. 32 y 35.

intenso intercambio comercial entre sí y con la sociedad no indígena, ya desde el siglo XVIII, los aborígenes que poblaban estos territorios manejaban una vasta red de caminos y comercio que abarcaba un ancho corredor interregional entre el Río de la Plata y Chile, por el cual circulaban los ganados y bienes diversos del mercado colonial. Esta realidad se mantuvo a lo largo de la etapa independiente en la que los distintos grupos indígenas oficiaron de excelentes intermediarios entre la producción ganadera de las pampas argentinas y la demanda de la sociedad mercantil del valle central chileno.⁸

Pero esta situación, a partir el siglo XVII, fue generando cambios profundos en la organización social de los indígenas, pues la nueva riqueza representada por la posesión del ganado fue determinado que, poco a poco, los jefes tribales comenzaran a acumular prestigio y poder controlando vastos territorios y, por consiguiente, las rutas comerciales.

Durante el siglo XIX este proceso se mantiene con ciertas peculiaridades y segmentación, lo que va a ir dando lugar a la formación de los grandes cacicatos característicos de la centuria. Estos tenían funciones de eminente carácter militar, correspondiéndoles dirigir a los guerreros en algunos malones contra “los blancos” o para dirimir conflictos entre parcialidades indígenas. Con el tiempo fue creciendo la autoridad y la importancia de los caciques más poderosos y sus figuras pasaron a ocupar un lugar significativo en el desenvolvimiento de las comunidades indígenas en lo que hacía a sus relaciones con las autoridades gubernamentales de Buenos Aires y las provincias. Precisamente esta relación les permitía atesorar y manejar un cúmulo de información que les servía para consolidar su poder.

El funcionamiento político-administrativo de los cacicatos pasaba por una compleja y bien ordenada jerarquía de caciques, desde los que

⁸ Bandieri, Susana, “Entre lo micro y lo macro: la historia regional. Síntesis de una experiencia”, en revista *Entrepasados*, Buenos Aires, fines de 1996. Año VI, N° 11, p. 84.

sólo tenían autoridad sobre una toltería hasta los grandes caciques generales. Estos últimos, aunque carecían de estructuras formales de poder, igualmente poseían una autoridad muy grande por la influencia que ejercían en las decisiones fundamentales.

Por otra parte, los grandes caciques desempeñaban una serie de funciones que iban desde la organización, planificación y dirección de los grandes malones y empresas guerreras, hasta el control de la circulación por sus territorios soliendo exigir un pago por derecho de paso de aquellos que lo transitaban.

Finalmente digamos que para alcanzar el grado de gran cacique no sólo jugaba el tema de la herencia familiar sino que, además, aquél que aspiraba al cargo debía poseer una serie de condiciones especiales que, según Mandrini y Ortelli, eran ser un hombre de reconocido valor, un experto jinete, hábil en el manejo de las armas y dotado de condiciones naturales para mandar y organizar a sus huestes durante los malones. A estas primeras cualidades debía sumar experiencia en las tareas rurales y fundamentalmente ser un excelente orador, ya que era una condición determinante para dirigir y controlar parlamentos y asambleas.⁹

Completaba esta serie de condiciones la necesaria posesión, por parte del aspirante, de una cuota importante de recursos, los cuales podía obtener a través de los malones o bien de los regalos y raciones que, tanto el gobierno nacional como los distintos gobiernos provinciales, entregaban a cambio de mantener pacificadas las fronteras y neutralizar cualquier posible ataque.

A las modificaciones en la estructura social en el mundo indígena debemos sumar aquellas que se producen en lo que respecta a la localización espacial, cuando, también en las primeras décadas del siglo XIX, importantes contingentes que habitaban suelo chileno se establecen en las pampas acompañados de sus respectivos guerreros y familias, empujados por la Guerra de la Independencia que ya a fi-

⁹ Mandrini, R. y S. Ortelli, *op. cit.*, pp. 165-166.

nes de la primera década y en el marco del conflicto entre realistas y patriotas traslada el escenario bélico al sur de Chile. En efecto, desde 1819 y hasta 1825 se desarrolló la llamada “guerra a muerte”, en la cual se enfrentaron grandes contingentes de aborígenes adhiriendo unos al bando realista y otros al bando patriota, determinando este conflicto la emigración hacia los territorios al este de la cordillera de numerosos contingentes indígenas dirigidos por distintos caciques, algunos tan prestigiosos como Levenopan y Toriano.

Naturalmente, esta nueva realidad alteró la situación fronteriza y a la propia población aborígen de las pampas inaugurando un nuevo escenario caracterizado por una serie de conflictos intraétnicos e interétnicos que tuvieron que ver con la ya señalada lucha independentista, pero también con el particular proceso de construcción del Estado nacional.

Así, durante el transcurso de esta denominada guerra a muerte, buena parte de los indios vorogas que habían apoyado a los realistas en el sur de Chile se desplazaron a la pampa argentina, instalándose sobre el arroyo Guaminí, el llano de Masallé y el lago Carhué; constituyéndose a partir de entonces en el mayor poder indígena de la zona.

Sin embargo, aún en su nuevo asentamiento fueron perseguidos por el ejército republicano chileno y por agrupaciones indígenas enroladas en el bando patriota, entre ellas las conducidas por Toriano, el cacique mayor de los indios pehuenches, y por los caciques Cumio, Cheuqueta, Namuncurá y Calfucurá, aunque este último según Meinardo Hux “se hizo perseguidor de ellos, no tanto por encargo del gobierno chileno, sino invitado por el Gobernador de Buenos Aires, como diré, y por propias venganzas demoradas [...] Calfucurá confesará más tarde que vino conchabado con 200 indios suyos para perseguir a los indios alzados”.¹⁰

¹⁰ Hux, Meinrado, Pbro., *Caciques huiliches y salineros*, Buenos Aires, Marymar, 1991, p. 151.

Estos conflictos intraétnicos se vieron impulsados y favorecidos en los años siguientes por la propia actitud del gobernador de Buenos Aires Juan Manuel de Rosas, quien aplicando una hábil política disociadora intentó y logró, mediante dádivas y amenazas, dividir y enfrentar entre sí a las tribus indígenas para que se debilitaran y eliminaran mutuamente.

Fruto de esta estrategia fue la destrucción y desintegración de la parcialidad vorogana, no sólo por los asesinatos de sus caciques Rondeau y Melin a manos de los guerreros de Calfucurá, Namuncurá, Tramilla y Cheuqueta, y del jefe Cuñiquir por las autoridades militares de Bahía Blanca, sino también por las propias divisiones internas entre quienes estaban a favor o en contra de servir a Rosas persiguiendo y enfrentado a viejos aliados y parientes de los ranqueles como lo eran los voroganos.

Así, la participación de las parcialidades indígenas en la política criolla cobra cada vez mayor importancia en el desarrollo de los conflictos internos que genera el proceso de construcción del Estado nacional. Como acertadamente sostiene Marta Bechis: “El guerrero indígena, pastor de su propio ganado en tierras comunales pero semiáridas, productor para el consumo interno y el intercambio y recolector de bienes en zonas de la campaña criolla llegó a incidir en la prosperidad económica y política de individuos, grupos y pueblos criollos que usaban su capacidad combativa con la modalidad de guerra de recursos, en beneficio propio. La violencia institucionalizada aborigen se convirtió en una mercancía en el mercado criollo de la violencia.”¹¹

La misma autora plantea una serie de características acerca de la presencia indígena en la política criolla entre las que sobresalen aquellas referidas a quiénes participaban y cómo se efectivizaba esa

¹¹ Bechis, Marta, “Fuerzas indígenas en la política criolla del siglo XIX”, en Goldman, N. y R. Salvatore, (Comp.), *Caudillos rioplatenses. Nuevas miradas a un viejo problema*, Buenos Aires, Eudeba, 1998. p. 316.

participación. En el primer caso, Bechis señala que, según las circunstancias, participaban tanto varias tribus de una confederación étnica como sólo una, solamente parte de una tribu o, en ocasiones, nada más que un reducido grupo de guerreros. Respecto de cómo se materializaba la participación, también de acuerdo a las circunstancias y a las motivaciones de la propia sociedad indígena, ésta podía darse en un abanico amplio de proceder que iban desde ataques masivos —con su terrible secuela de destrucción y muerte— hasta simples pero efectivas demostraciones de fuerza, o súbitas sublevaciones de contingentes de indígenas que formaban parte de los diferentes ejércitos criollos en pugna.¹²

Esta participación adquiere un protagonismo importante ya en las primeras luchas entre unitarios y federales, y se continúa después de Caseros y durante buena parte del período de organización nacional. Precisamente Juan Calfucurá será quien pueda, una vez instalado en cercanías de las Salinas Grandes y a través de una serie de pactos y alianzas familiares, reunir un número importante de tribus dispersas conformando a mediados de la década de 1830 una poderosa Confederación Indígena que mantuvo durante largos años en constante zozobra la línea de fronteras. Explotando primero las diferencias entre Buenos Aires y la Confederación, y después el desencadenamiento de la guerra con el Paraguay, Calfucurá mantuvo la hegemonía indígena sobre la línea de fronteras durante largos años neutralizando los intentos que se sucedieron durante los gobiernos de Mitre y de Sarmiento de acabar con ella.

Esta situación se mantuvo hasta los primeros años setenta cuando comienzan a plantearse serias divisiones en el seno de la Confederación Indígena, en la medida en que algunos caciques y parcialidades volvían a unirse mediante tratados de paz con el gobierno porteño,¹³ lo que

¹² Becáis, Marta, op. cit., p. 294.

¹³ Las distintas comisiones enviadas por el general Mitre y por el comandante Ignacio Rivas de Azul con el fin de negociar la paz y un acercamiento a las autoridades porteñas logran su cometido. El primero de estos caciques en pactar

finalmente, en 1872, es aprovechado en la batalla de San Carlos por el coronel Ignacio Rivas cuando derrota a los lanceros de Calfucurá con la ayuda determinante de los escuadrones de *indios amigos* pertenecientes a las comunidades de los caciques Catriel y Coliqueo. A esta derrota militar se le suma, un año después, la muerte de Calfucurá, lo que inicia el decisivo repliegue y decadencia de la Confederación experimentado en los sucesivos y continuados reveses que sufre Manuel Namuncurá, su hijo y sucesor en el mando.

La campaña y sus pobladores

Frente a este mundo indígena se alineaban en un principio, detrás de la línea de frontera, que se extendía desde la cordillera de los Andes al Atlántico describiendo una amplia curva a través de las actuales provincias de Buenos Aires, Santa Fe, Córdoba, San Luis y Mendoza, pequeños pueblos que coexistían con grandes estancias de propietarios absentistas dedicadas a la cría extensiva de ganado, y un número importante de parcelas ocupadas por familias locales o migrantes de las regiones norteñas las que cultivaban algunos cereales o criaban algo de ganado sobre la base del trabajo familiar, y habían levantado un modesto rancho donde mantenían a su prole. Todos ellos resguardados por miserables fortines con escasez de medios y de hombres que trataban de garantizar la seguridad de los mismos.

Este escenario poblacional se mantiene prácticamente inalterable, lo mismo que la línea de frontera, durante todo el período colonial y recién se modifica este panorama radicalmente luego de 1810, cuando las guerras y la ruptura del espacio virreinal, controlado hasta ese momento por los comerciantes porteños y la apertura de los mercados externos para los productos pecuarios rioplatenses, vuelcan

es Catriel, luego le siguen Llanquetrúz en el sur y Coliqueo con sus boronas, lo que determina un debilitamiento de la Confederación Indígena. Hux, Meinardo, Pbro., op. cit., p. 115.